

vo á la ventana, y otra vez su mirada se espació en el infinito que tenía delante de sus ojos. Acaso en esos momentos pensaba lo que algunos años más tarde expresó con motivo de una grande aflicción. «Estos ídolos de palo y de piedra que ni oyen ni sienten, mucho menos pueden haber formado los cielos, la tierra y al hombre, dueño y señor de todo ésto. Algún Dios omnipotente y desconocido es el Criador de todo el Universo. Sólo Él puede consolarme.» Acaso también ocupaban su mente desde entonces las tiernas y sentidas notas de los himnos dulcísimos que más tarde entonó en el mismo palacio de Tescotzinco, adonde se retiró para entregarse á la meditación y al estudio en los últimos años de su vida, y de cuyos himnos quedan algunos fragmentos recogidos por varios anticuarios, de los que tomamos el siguiente:

«Todas las cosas de este mundo tienen de acabar y perecer; en lo más brillante de su carrera de esplendor y vanidad se deterioran y reducen á polvo. Toda la redondez del mundo es un sepulcro, y nada de lo que se encuentra sobre el haz de la tierra dejará de quedar oculto y sepultado bajo de ella. Los arroyos, los ríos, los torrentes, todos se enderezan á su final destino; ninguno vuelve hacia el risueño lugar de su nacimiento; todos caminan precipitadamente á perderse en los profundos senos del Océano. Las cosas de ayer no existen hoy, y las de hoy quizá no serán mañana. La tumba está llena del polvo inerte de los corazones que animaban en otro tiempo un espíritu de vida, de los de aquellos que ocupaban tronos, presidían las asambleas, conducían á los ejércitos, subyugaban los imperios, se hacían adorar y estaban henchidos de vanagloria, de pompa, de poder y de dominación.»

«¡Pero todas estas glorias pasaron, como se disipa el humo espantoso que sale de la boca del Popocatepetl, sin dejar otro rastro de que fueron, más que un recuerdo en las páginas de su cronista!»

«¡Ah! ¿Dónde están el sabio, el valiente, el hermoso? ¿Todos están mezclados en el lodo, y la suerte que á ellos ha tocado, esa misma nos tocará á nosotros y á los que después de nosotros vienen! ¡Ea, ánimo, ilustres, nobles y valientes caudillos, mis verdaderos amigos y leales vasallos, aspiremos á ese cielo donde todo es eterno, y donde nada se corrompe!»⁵

Después de leer este bellissimo fragmento, es necesario conceder al autor la grandeza de alma que mostró en todos sus actos, y si no la hubiera manchado con un crimen, de que otra vez nos ocuparemos, su figura histórica tendría muy pocos rivales.

VI

La meditación del príncipe fué interrumpida por la presencia de dos servidores que venían á participarle que todo estaba dispuesto y sólo faltaba la presencia del monarca. Este les indicó que iba en seguida, y se dispuso á salir, no sin haber formulado este breve monólogo:—«Ahora ya estoy sereno, nadie adivinará mi lucha, y me sujetaré paciente al fallo de la justicia.» Se arregló sus vestidos, se colocó las insignias reales y salió de la estancia, reuniéndose á los nobles que esperaban en la antecámara, para acompañarlo.

VII

El sol poniente doraba aún con sus postreros rayos las altas cimas del Popocatepetl y del Iztaccihuatl, tiñendo de variados y hermosísimos colores las nubes que se agrupaban en derredor del astro moribundo, cuando el poderoso señor de Tezcuco, presidiendo la gran asamblea reunida en su palacio, escuchaba desde su trono el debate de los jueces á cuya rectitud había fiado el ruidoso asunto del casamiento contraído por la princesa que él había elegido en secreto para esposa, y la cual había entregado su mano y su corazón á otro hombre. La actitud noble y digna del monarca, así como la más perfecta serenidad en su semblante, no dejaban conocer la lucha que poco antes había sostenido, ni las emociones que en aquel mismo instante experimentaba.

Toda la asamblea, compuesta en su mayor parte de la nobleza del reino y de los señores de Mexitli y Tlacopan,⁶ á quienes como aliados se invitaban siempre á las grandes solemnidades, esperaba con verdadera inquietud el desenlace de aquel acto que iba á decidir la suerte de dos jóvenes inocentes que sin querer habían provocado el enojo del poderoso rey Netzahualcoyotl. Todas las miradas estaban fijas en los jueces, en los acusados y en el impassible rostro del monarca. Este ocultaba de tal manera sus variadas emociones, que sólo un observador hábil y profundo hubiera podido descubrir en sus miradas el amor y los celos, cuando sus ojos se detenían sobre los jóvenes esposos que no osaban siquiera alzar la vista hacia su rey y señor.

El interrogatorio estaba terminado; los cónyuges y sus testigos habían pro-

bado hasta la evidencia que, al unirse, ignoraban completamente que la princesa estuviera destinada para ser la esposa del rey. Aquello era la verdad, que acompañada de irrecusables pruebas, confirmaba la inocencia de los jóvenes esposos. ¿Pero ésto era bastante para satisfacer á un rey tan poderoso? ¿era bastante para aplacar su cólera y hallar gracia en un corazón agitado por la tempestad de dos terribles pasiones? Hé aquí el temor de la feliz y amante pareja que en un instante vió su luna de miel interrumpida por un ruidoso proceso. Hé aquí el temor de los jueces y de todos los que presenciaban ese memorable acontecimiento.

VIII

El silencio que reinaba en el salón era profundo, y sólo interrumpido por las voces de los ancianos jueces que terminaban su deliberación para pronunciar el terrible fallo. Un instante más y todo iba á quedar concluido. El más anciano de los jueces se levantó de su asiento, y con voz firme habló de esta manera:

«La justicia del Rey nuestro Señor, encomendada á sus leales vasallos, y presidida por él mismo, no encuentra culpabilidad en los jóvenes esposos, acusados ante ella de traición al monarca, vistas y meditadas las pruebas que han presentado en su favor. El deber de la justicia es manifestarse imparcial y severa lo mismo para el rey que para el vasallo, lo mismo para el grande que para el pequeño. El poderoso Netzahualcoyotl ama la justicia, porque es justo, ama el deber porque es magnánimo, y hoy, como otras veces, brillará en estos reinos la abnegación de su alma y el amor á sus vasallos. El juez absuelve á los acusados sin temor; el hombre pide gracia para el hombre. Jóvenes—añadió dirigiéndose á los reos—sois libres; la sentencia del tribunal la confirma y sanciona el alto y poderoso monarca de Tezcuco.»

El rey se levantó de su trono mudo y palpitante, y sin pronunciar una palabra extendió los brazos en dirección á los jóvenes esposos que sólo aguardaban aquella señal para considerarse absueltos.

Un momento después el salón estaba desierto; la noche había ya tendido su manto sobre la tierra, y á favor de sus sombras el rey se internaba en un hermoso bosquecillo de sus jardines, por entre cuyos árboles penetraban los débiles rayos de la luna en su primer cuarto.

IX

Después de este acontecimiento el rey permaneció por muchos meses en Tescotzinco, consolándose de su dolor con la meditación, los estudios y los activos placeres de la caza, á que era muy aficionado, sintiéndose á la vez satisfecho de su propia conciencia por aquel acto de justicia que le dió aún mayor prestigio entre los soberanos, aliados y amigos, y le conquistó más el cariño y respeto de sus vasallos.

México, Julio 15 de 1885.

ANTONIO DE P. MORENO.

FRAGMENTO

DEL

POEMA INÉDITO TITULADO «EN EL CIELO Y EN LA CALLE.»

A los que buscan dramas algo extraños
Doy éste, que por breve no desvela.
Personajes: un niño de seis años
Y Juana de sesenta, que es su abuela.

Hablan y nada la atención les roba;
Ella, desde un sillón; él en su cama;
La escena es en el fondo de una alcoba
Que brilla á media luz.—

Comienza el drama.

Dos labradores francos y sencillos,
Encontraron dos aves cierto día.
—Abuela, ¿qué son aves?

—Pajarillos,

—¡Ah! sí, tienes razón, ya lo sabía.

⁵ Grandos y Gálvez (México, 1778) pág. 90 y siguientes.—Prescott.—Conq. de México.

⁶ Tacuba.